

de remodelación, son otros sectores del barrio que llevan los nombres de El Zofio y Los Almendrales. El lugar donde se levanta El Zofio fue en tiempos llamado Campo de las Calaveras por los muchos enterramientos allí encontrados, testigos de la guerra civil que tuvo aquí las trincheras del asedio a Madrid.

A principios de siglo y hasta que se inició la construcción de la colonia Salud y Ahorro, Usera era un descampado con dispersas chabolas y campos de cultivo en el que los madrileños de la época consideraban peligroso aventurarse. Prueba de ello es que en alguna novela de Eduardo Zamacois se denomina «puente de los ladrones» a un puente de madera que se había hecho paralelo al de Praga. Antes de la guerra, un tranvía enlazaba el barrio con Madrid. Los vecinos recuerdan aún que se le llamaba popularmente con el expresivo nombre de El Solitario. Hoy Usera ha quedado unido a la capital por la nueva línea del Metro que enlaza los Carabanchales con Cuatro Caminos.

Acompañé a algunos directivos de la asociación de vecinos y de la comisión de fiestas, así como al concejal socialista Emilio García Orcajo, en el paseo que dieron por las calles del barrio al objeto de repartir los premios. En el Zofio, en los Almendrales, las calles estaban espléndidamente engalanadas y los vecinos salían a explicar al jurado las características de su trabajo. Había un entusiasmo extraordinario en esta competencia de las calles del barrio.

Si yo, que no tenía voz ni voto, hubiera de elegir la calle que más me gustó, quizá me decidiría, sin embargo, por la Calle Nochebuena, en la Colonia Moscardó, una calle pequeña con una sola entrada, de casas de tres pisos. En la Colonia, como en todo el barrio de Usera —ni siquiera el índice de paro que en estos días llega allí al 30 por ciento parecía haber disuadido a los vecinos— las calles estaban bellamente adornadas. Pero las calles anchas ofrecen mayores dificultades a la hora de tender la cadeneta de papel hecha a mano o las guirnaldas. El tamaño de la calle Nochebuena resultaba ideal para hacer lucir con brillos de fiesta el trabajo de los vecinos. Abanicos de papel en las ventanas, mantones en las fachadas, ristas de cristal suspendidas que se mecían levemente al viento con reflejos tornasolados. Salió el vecino que hacía las veces de presidente y, mientras tomábamos con él la limonada de la hospitalidad, nos mostró con delectación, con orgullo casi «nacionalista», su minúscula patria engalanada. ■ L. C.



«El Carnaval caribeño de Notting Hill fue simplemente una gran verbena con mucho reggae y soca, mucha marihuana y mucho alcohol, pero no estallaron los molotov ni volaron los adoquines como en abril y julio pasado.»

Gran Bretaña

CARNAVAL, RUSOS Y CARRERAS LABORISTAS

EMILIO LOPEZ MENDEZ

CIERTAMENTE, cuesta creerlo: 9.000 policías vigilaron los tres días y las tres noches del carnaval caribeño de Notting Hill, y a los retenes, cómodamente instalados en un colegio del barrio, les pasaban la película «Enmanuelle» para combatir el aburrimiento. Nueve mil sonrientes *bobbies* barbilampifios, rubias matronas de anchas caderas embutidas en faldas azul marino y con radio receptor de ininterrumpida letanía a lo pato Donald y cuarentones policías con doradas condecoraciones y blanco bigote de puntas erectas, nueve mil que ocuparon Portobe-

llo y All Saints Road, temiendo que el barrio reventara como reventaron Brixton en abril y Liverpool y Manchester en julio. Pero no pasó nada. Es decir, ni estallaron los molotov ni volaron los adoquines, fue simplemente una gran verbena con mucho reggae y soca (lo último en música caliente: soul más calipso), mucha marihuana y mucho alcohol, acompañando a carrozas de orquestinas incansables, disfraces de ridículos emperadores destronados, subdesarrollados viajeros del espacio y multicoloreadas bailarinas africanas que despertaban inconfesables deseos y ritmos lujuriosos en las atrofiadas piernas de los blancos europeos.

Tres días de carnaval negro en la

GRAN BRETAÑA

ciudad blanca, los mismos tres últimos días de agosto en que tropas sudafricanas invadían el sur de Angola enarbolando el «derecho de persecución» de la gente del SWAPO de Namibia. Una perfecta, sincronizada y estudiada invasión cuyas sangrientas consecuencias pretenden ocultar con ese oportuno «lo ven, ya lo decíamos, hemos encontrado rusos», un par de soldados muertos supuestamente rusos, varias mujeres supuestamente soviéticas y un sargento mayor de inconfundible nombre Nikolai Fedeorovich, detenido. Pero incluso Edward Heath, el ex Primer ministro conservador, condenó a la República sudafricana: «Pienso que es una tragedia para Sudáfrica y para Occidente. Sin el sistema de apartheid, seríamos colaboradores naturales, combatiendo del mismo lado contra la amenaza del comunismo en el sur de África y en el mundo». O sea, un error táctico el de los racistas de Pretoria.

En otro lugar, el cazador de cabelleras de la Casa Blanca sonrió satisfecho y se puso a valorar con Haig el éxito de las recientes maniobras aeronavales realizadas en el Caribe y que contaron con un desembarco en Guantánamo, o sea, Cuba, maniobras que tienen su segunda parte en Dinamarca y el mar Báltico. En efecto el 14 de septiembre dieron comienzo las maniobras de Otoño de la OTAN: veintiocho ejercicios diferentes y la participación de cerca de 300.000 hombres, sólo 200.000 más que las fuer-

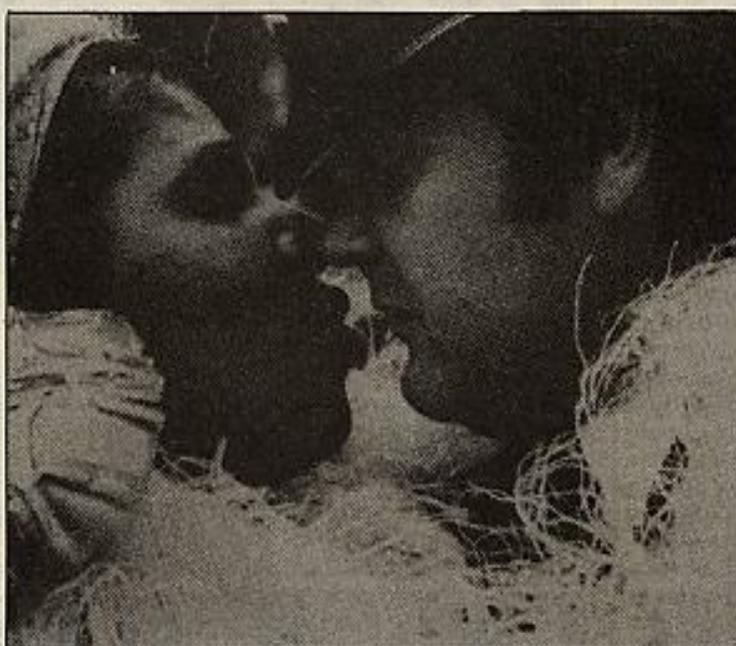
zas del Pacto de Varsovia que juegan a la guerra en Bielorusia y la zona del mar Báltico cerca de Polonia.

Desde hace un par de años, en Gran Bretaña se han reavivado, con creciente y amenazadora energía, los mejores temores de la guerra fría: la Prensa encuentra rusos detrás de cada conflicto, los rusos (que suena peor que soviéticos) conspiran a la vuelta de la esquina, están en todas partes, no se descuide, que vienen los rusos, que viene la guerra, la nuclear, la de neutrones. No se preocupe, la OTAN nos protege.

En esta cargada atmósfera se desarrollan los debates y las peleas de la Conferencia anual de las Trade Unions y la carrera de obstáculos por la dirección del Partido Laborista en la

Conferencia anual que se celebra en Brighton los últimos días de septiembre. Tres candidatos en la pista, Tony Benn, Denis Healey y John Silkin, y un viejo zorro, el gran jefe por el momento, Michael Foot, que observa desde la tribuna.

El 10 de septiembre, en uno de los descansos de la Conferencia de los sindicatos en Blackpool, la nueva publicación «New Socialist» reunió a los tres candidatos laboristas en un minidebate público. A juzgar por la intensidad de los aplausos, el vencedor resultó Tony Benn, el izquierdista, *l'enfant terrible* del laborismo, feliz además porque esa misma tarde los delegados sindicales habían votado a favor de una de las tesis que él defiende: el desarme nuclear unilateral



«Nueve mil bobbies barbilampiños, rubias matronas de anchas caderas embutidas en faldas azul marino ocuparon Portobello y All Saints Road.»

(Larry Smith, del Transport and General Workers Union, defendió la moción diciendo: «La estrategia nuclear se ha basado en la errónea idea de que se podía sobrevivir e incluso vencer en una guerra nuclear; pero las armas nucleares no son armas, son el blanco de los ataques»).

En el debate público, Tony Benn defendió además sus planes para acabar con un paro que supera los tres millones de personas; su política de nacionalización y democratización radical, entre otras cosas, cerrar la Cámara de los Lores; así como su propuesta de salida del Reino Unido del Mercado Común Europeo. «Y esto, —dijo—, no es un enfrentamiento entre individuos, ni una lucha contra Michael Foot, y menos un debate infantil

o trivial, es la lucha contra las enfermedades crónicas del capitalismo, contra el paro, contra la amenaza de guerra». Días antes, para el asombro de la clase política británica, había afirmado Benn: «No podemos olvidar que la democracia y las libertades que ahora disfrutamos se han levantado gracias a la sangre de millones de rusos que lucharon en la Segunda Guerra Mundial».

Tanto Denis Healey como John Silkin, los otros dos candidatos, se limitaron a una defensa de la unidad del partido frente a la continua sangría de elementos laboristas atemorizados por la ola de izquierdismo que se avecina, hacia el Partido Social Demócrata; defendieron asimismo los métodos tradicionales de dirección («nuestros abuelos y nuestros padres construyeron la máquina más perfecta para conseguir mejoras sociales», señaló Silkin), y su idea de un partido «con humanidad y sentido común», frente al radicalismo de Tony Benn. Si bien Healey es el freno, por la derecha y la moderación, ante el continuado y eficiente descontento en las filas del laborismo, John Silkin ha centrado su campaña en el idílico centro, «ni uno ni otro, sino yo que hablo en nombre de la mayoría de los laboristas de este país». Pero ambos se encontraron con los abucheos y los pataleos de la audiencia de Blackpool.

No hay que olvidar que las elecciones están a la vuelta de un año y lo que todos los dirigentes laboristas comparten es la necesidad de «acabar con

el peor Gobierno de la historia», y ganar las elecciones. Francia hace todavía más posible esa esperanza y ese deseo. Sin embargo, en política, o sea, en la Historia, ni dos y dos son cuatro ni las líneas son rectas, lo cual permite a Margaret Thatcher sonreír confiada después de obtener el triunfo de la firma con Mitterrand para la reiniciación de las obras del túnel bajo el Canal de La Mancha, o cada vez que un laborista se precipita en las filas de una Social democracia que, en la huida del izquierdismo reinante, está cayendo en los brazos del Partido Liberal. Y es que ya se sabe: cuantos más obstáculos se levantan al paso decidido hacia el poder del Partido Laborista, más tiempo podrán permanecer los conservadores en el poder. ■ E.L.M.